



ELIA BARCELÓ

“Un relato potentísimo y maravilloso
que atrapa por la profundidad
de los temas y dilemas
éticos de plena actualidad
que plantea, tanto en el lector
como en los protagonistas
de la novela, personajes vivos”.

La editora

EL SÍNDROME FRANKENSTEIN

Por la autora de *El efecto frankenstein*,
PREMIO NACIONAL DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL
Y PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA JUVENIL

edebé

EL SÍNDROME FRANKENSTEIN

ELIA BARCELÓ

EL SÍNDROME FRANKENSTEIN

Por la autora de *El efecto Frankenstein*

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL
Y PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA JUVENIL

edebé

© Elia Barceló, 2023

Published by arrangement with UnderCover Literary Agents

© de la edición: Edebé, 2023

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia

Coordinadora de la Producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño de la colección: Aurora Iratia

© *Fotografía de cubierta:* DepositPhotos

© *Fotografía de la autora:* Stefanie Grau

1.^a edición, octubre 2023

ISBN: 978-84-683-6260-1

Depósito legal: B. 12261-2023

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Dedico esta novela a todas las alumnas y alumnos que leyeron en su día «El efecto Frankenstein», a sus profesoras y profesores, y también, muy especialmente, a quienes votasteis por ella en el Premio Menjallibres, el Premio Azagal y el Premio Hache, con todo mi agradecimiento por vuestro entusiasmo lector y por todo el ánimo que me disteis para imaginar y escribir esta segunda parte. ¡Ojalá os guste!

Esta novela que tienes en tus manos es la continuación de *El efecto Frankenstein*, Premio Edebé de Literatura Juvenil. Si la has leído ya, aquí encontrarás la historia de lo que les sucede a los protagonistas en nuestra época. Si no conoces la primera, no hay problema. *El síndrome Frankenstein* ha sido concebido para que se entienda todo lo anterior, aunque, por supuesto, la mejor combinación es haber leído las dos (incluso de manera no cronológica; quiero decir que se puede leer la segunda y después la primera), para captar todos los detalles y disfrutar más de la evolución de los personajes.

Las dos han sido un auténtico placer de escritura para mí, y reencontrarme con Max, con Nora y con otras figuras que ya creía cerradas ha sido como volver a ver a unos amigos muy queridos de los que ya me había despedido para siempre.

Espero que tú también disfrutes de esta nueva historia que te ofrezco. Puedo asegurarte que la he escrito para ti, pensando en el momento en que te acomodará en tu lugar favorito (o quizá en un autobús, en un tren, en el metro...) y entrarás en el mundo que he creado palabra a palabra para que puedas desligarte de lo que te rodea, descubrir otros lugares y compartir otras aventuras con estos personajes.

1

—Y aquí tenemos a Eleonora von Kürsinger, condesa de Hohenfels. En este retrato debía de tener unos treinta años y, como ven, estaba en la plenitud de su belleza. Fue la esposa del conde Maximilian, cuyo retrato veremos ahora en la biblioteca. El primero de su linaje en ejercer una profesión. Fue médico durante toda su vida, y ella lo ayudó siempre, especialmente con las pacientes femeninas, que estaban encantadas de poder hablar de sus problemas de salud con otra mujer. En el siglo XVIII aún no era posible para las mujeres asistir a la universidad, pero, en el caso de los condes de Hohenfels, todo es un poco distinto porque fueron una pareja extraordinariamente moderna. Este es el gabinete o saloncito naranja, la habitación favorita de Eleonora, donde solía trabajar, a pesar de tener, como era costumbre en la época, un *boudoir* exclusivamente para ella. Sígueme, por favor. Ahora vamos a ver la gran biblioteca del castillo aquí, cruzando esta puerta. Les ruego que se abstengan de tocar los objetos expuestos, sobre todo los libros. Son muy valiosos y muy antiguos.

Max se quedó el último, mirando fijamente el retrato de Nora que aquel joven guía acababa de mostrarles. Recordaba

con toda claridad las sesiones de posado para aquel maestro italiano a quien le encargaron el trabajo, la impaciencia de su mujer, que no acababa de verle la gracia a estarse tanto tiempo quieta para poder tener luego un retrato. «En mi época», le contaba cuando estaban solos, «incluso cuando te hacen una foto de estudio, en unos minutos estás lista. ¡Qué despacio va todo en este siglo!».

Ahora se daba cuenta de que tenía razón. Llevaba apenas unas semanas en el siglo **xxi** y, si algo le había quedado claro, era que la velocidad constituía una de las marcas de la época. Todo iba rapidísimo. La gente se ponía nerviosa en cuanto tenía que esperar unos momentos para lo que fuera. No había la menor paciencia para nada. Los viajes eran casi instantáneos. Y todo el mundo iba por la vida de mal humor porque nada les parecía lo bastante rápido.

Se acordaba de cuando Nora y él fueron a Viena, en tren, para que ella pudiera presentarle a su abuela. Tardaron apenas unas horas para lo que, en su propio tiempo, hubiesen necesitado tres o cuatro días, y luego, cuando después de un rato de conversación, Nora y su abuela desaparecieron en la cocina, dejándolo a él en el salón, volvió la señora diciéndole que sentía mucho haberlo dejado solo tanto tiempo. «Cuánto te habrás aburrido, hijo», le había dicho. Él, sin embargo, había disfrutado muchísimo de ese tiempo en calma, sentado en aquella habitación tan acogedora, llena de libros y de plantas de adorno (un capricho realmente excéntrico), oyendo el tictac del reloj, sintiendo la textura de los minutos, su suavidad resbalando por su mente. Él no veía la necesidad de tener que estar siempre haciendo algo, o incluso dos o tres cosas a la vez, como siempre había sido el caso de Nora. En ocasiones, el simple hecho de estar, de existir, de oír sus propios pensamientos era un bálsamo para el alma. Y en el siglo **xxi** ya casi no resultaba posible.

—¿Vienes? Voy a explicar la biblioteca. —La cabeza del guía («Jonas» ponía en la etiqueta que llevaba al pecho) se inclinó hacia él, sobresaltándolo.

—Sí, ya voy. Disculpe. —¿Le había hablado de tú? ¿Era posible que le hubiese hablado de tú un perfecto desconocido?—. Solo quería tomar una fotografía. ¿Está permitido?

—Claro, pero sin *flash*.

No tenía ni idea de qué quería decir con eso del *flash*, pero asintió con la cabeza para que lo dejara en paz. Nora le había explicado cómo tomar una imagen y, aunque no era fácil, acabó por conseguirlo. Le parecía muy importante tener una foto de ella. De ella entonces, en su propio tiempo. Sobre todo ahora, que no estaba a su lado.

—¿Listo? —insistió Jonas.

Nada más entrar Max en su biblioteca, sintió que se quedaba sin aliento. Llevaba ya casi una hora en su propio castillo, su hogar, el lugar donde había nacido y se había criado, el lugar donde había vivido toda su vida, después de los pocos años pasados en Ingolstadt, el lugar donde se había casado con Nora y de donde había salido un verano de 1816 para no regresar. Le había estado dando vueltas a la idea de visitar Hohenfels; sabía que el dolor sería intenso. Anna, la abuela de Nora, se lo había desaconsejado. «No creo que sea agradable llegar como turista a tu propio hogar», le había dicho, «pagar una entrada y seguir a un guía que te muestra un par de habitaciones y te cuenta muchas mentiras o medias verdades sobre tu propia vida». Sin embargo, Anna también comprendía que, para él, fuera necesario y había acabado explicándole cómo llegar hasta allí, lo que había sido una auténtica odisea, a pesar de que ella lo había acompañado a la estación de tren, le había enseñado a sacar un billete en una extraña máquina y le había mostrado cómo encontrar el andén del que salía para que luego pudiera regresar sin angustiarse.

Una vez en Salzburgo no había tenido graves problemas para orientarse, a pesar de que las cosas habían cambiado muchísimo en dos siglos y, después de dar un buen paseo para hacer inventario de lo que ya había desaparecido y lo que aún no, tomó un taxi hasta Hohenfels. Por suerte, el taxista había resultado de los que no hablan con los clientes. Eso era algo que le costaba mucho soportar: esa falta de respeto de algunos conductores, empeñados en hablar con uno como si lo conocieran, como si estuvieran al mismo nivel.

La biblioteca estaba casi como cuando él la dejó aquella mañana de 1816. Para él no habían pasado dos siglos. Para él habían sido apenas unas semanas. Primero habían ido a Suiza a ver al especialista, por la enfermedad de Nora, y luego, cuando quedó claro que no había nada que hacer, habían viajado a Ingolstadt, a intentar por última vez forzar el pasaje y a despedirse de todo. Sin embargo, había funcionado. El pasaje se había abierto, lo habían cruzado y después se había vuelto a cerrar, esta vez para siempre. Ahora sabía lo que había sentido Nora: esa impotencia, esa angustia, esa terrible sensación de haber dejado atrás todo lo que era tu vida.

Sin darse cuenta de lo que hacía, mientras Jonas iba explicando al grupo lo más notable de la biblioteca, Max se dejó caer en su sillón de lectura, frente a la chimenea, donde tantas horas había pasado con uno de sus perros dormitando a sus pies mientras él se enfrascaba en algún volumen recién llegado del extranjero. El sillón lo acogió como el abrazo de un ser querido.

—¡No está permitido sentarse! Por favor, quítate de ahí.

Max alzó la cabeza, sorprendido y molesto. Era su casa. Era su sillón. El problema era que no era su tiempo. Se levantó con una chispa de furia en los ojos y, al volverse, lo vio.

Sobre una de las escribanías más antiguas, pendía un gran retrato.

—El conde Maximilian de Hohenfels, señoras y señores —dijo el guía, casi orgulloso.

—¿El médico? —preguntó una mujer vestida de rojo con unos pantalones cortos y ajustados, que a Max ya le había dado grima al reunirse el grupo en el patio del castillo para comenzar la visita.

—El mismo. Aquí debía de tener unos cuarenta años.

«Treinta y seis», corrigió él, en su interior.

—Como ven, eran los dos muy guapos y muy elegantes, además de inteligentes. Fue una lástima que no tuvieran descendencia.

Max sintió el conocido pinchazo de la pena y la frustración. A él, y a Nora también, le había dolido mucho no poder tener hijos.

—Entonces, ¿quién heredó todo esto? —insistió la misma mujer.

—Su sobrino, Philip von Kürsinger. Él sí tuvo hijos, y la familia continuó hasta la Segunda Guerra Mundial, en la que el primogénito murió. Era aviador. Y el segundo hijo, un nazi convencido, se suicidó cuando entraron los aliados.

Max sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. No había entendido «aviador» ni «nazi», pero había captado perfectamente que sus dos sobrinos nietos o sobrinos bisnietos habían muerto, uno en batalla y el otro del modo más deshonroso posible: por su propia mano.

—La condesa viuda, después de perder a sus hijos, hizo testamento a favor de la ciudad, y por eso ahora Hohenfels pertenece a Salzburgo.

El resto de la visita se le pasó en una especie de nube, aunque sí llegó a darse cuenta de que el dormitorio que él y Nora habían compartido había sido remodelado por completo. Ya no estaban ni las bellas paredes enteladas con seda china, ni los cortinajes, ni la gran cama de caoba con dosel. Todo era más simple, más austero, mucho más frío, y en las

paredes había fotografías en blanco y negro. Se preguntó qué habrían hecho con los cuadros de motivos mitológicos y las naturalezas muertas con sus uvas transparentes y sus flores exóticas.

Al final, después de cruzar por la enorme cocina, que también había sufrido cambios, y de recordar a Ernestine, la cocinera de siempre, que ahora llevaría casi dos siglos muerta, Jonas se colocó a un lado y fue despidiéndose de todos los visitantes. Algunos depositaron unas monedas en su mano. Max rebuscó en la cartera que Nora había elegido para él, e hizo lo mismo.

—¿Te has dado cuenta de cuantísimo te pareces al conde?

—preguntó el guía, después de darle las gracias por la propina.

—No, la verdad es que no me he fijado.

—Pues yo, que lo veo casi todos los días, no podía apartar la vista de ti. Si no fuera porque él lleva peluca y es más viejo, sois clavados. ¡Y mira que es guapo! La de veces que me ha dado lástima que esté muerto.

—¿Porque era guapo? —preguntó él con sorna.

—Porque es un desperdicio... —Sonrió—. En fin. Tú estás vivo. ¿Me aceptas una cerveza aquí en la cantina del castillo?

Quería ver la cantina y le apetecía una cerveza. Lo que no había decidido aún era si le apetecía tomarla charlando con alguien que lo había llamado «guapo» con ese desparpajo y que se empeñaba en tutearlo, a pesar de que no los habían presentado. Incluso si los hubiera presentado un familiar, habría sido una falta de respeto pasar al tú sin preguntarle. Si Nora hubiera estado con él, ella habría sabido cómo reaccionar; pero estaba muy lejos y tenía que arreglárselas solo. Quizá fuera lo normal ese tuteo entre personas de la misma edad. El pobre Jonas no tenía por qué saber que él realmente tenía más de cincuenta años y era el conde de Hohenfels resucitado.

—De acuerdo —concedió por fin—. Bebamos.

El guía pareció sorprendido por su reacción, pero echó a andar a su lado.

—¿Cómo te llamas? Yo soy Jonas.

—Ya. Lo he leído. Yo soy Maximilian.

—¿En serio? No me digas que hasta te llamas como él.

—Pues sí. Y, para más casualidad, mi esposa se llama Nora.

—¿Estás casado? ¿A tu edad?

—El amor no tiene edad, Jonas. Nos conocimos, nos enamoramos y, lógicamente, nos casamos.

—¿Lógicamente?

Max sabía, porque a lo largo de los años Nora le había contado muchas cosas de su época, que en el siglo XXI las personas tardaban mucho en casarse y solo lo hacían después de haber vivido bastante tiempo juntos, hasta darse cuenta de si de verdad estaban hechos el uno para la otra; pero a él le seguía pareciendo raro y cobarde. Sobre todo cobarde por esa falta de decisión, de compromiso con la persona amada.

—Así lo veo yo.

—Espera, siéntate aquí a la sombra y voy yo a traer la cerveza. ¿Una grande?

Max asintió con la cabeza y, como le había indicado Jonas, se sentó bajo un árbol que había crecido en mitad del patio y había alcanzado ya lo menos diez metros de altura. En otra mesa estaba la mujer de los horrendos pantaloncitos rojos con su familia, enseñando las piernas sin ningún pudor, y un poco más allá, dos hombres de brazos musculosos y gafas de sol.

Solo hacía tres días que se había marchado Nora, y su ausencia le dolía casi físicamente. Llevaban cerca de cuarenta años juntos. Habían compartido cada minuto de sus vidas y ahora, nada más llegar a su propia época, había empezado a desligarse de él, a quedar con gente que a él no le gustaba, a planear cosas sin contar con su opinión. Él comprendía que tuviera que compensarse a sí misma todo lo perdido, que

disfrutara de volver a ser joven, pero le dolía ese despego, y ahora la cosa era incluso peor, porque se había marchado a visitar a su madre, que estaba en Tailandia. Habría querido acompañarla, pero se habían dado cuenta de un gravísimo problema que aún no sabían cómo solucionar: él, Maximilian von Kürsinger, médico de profesión y conde de Hohenfels, no tenía existencia efectiva. No disponía de documentos de ningún tipo: ni partida de nacimiento, ni partida de bautismo, ni papeles que acreditaran que había asistido a algún colegio o universidad..., nada de nada. Era un fantasma a todos los efectos.

Por eso, al no contar con un pasaporte, no había podido sacar un pasaje de avión para ir con Nora a Tailandia (el Reino de Siam, para él), y si había podido llegar desde Ingolstadt a Viena y después a Salzburgo, era simplemente porque, gracias a la Unión Europea, no era necesario mostrar documentos de identidad para viajar dentro del territorio de la Unión.

Anna le había prometido pensar intensamente en cómo resolver el problema y preguntar con discreción a algunas de sus amistades, pero en el siglo XXI todo estaba archivado, controlado, todo se podía consultar de inmediato a través de esas máquinas que llamaban «ordenadores» y que estaban conectadas unas con otras, al parecer en todo el mundo.

A pesar de la existencia de los trenes y de su comodidad, a pesar de tantas cosas agradables que tenía el siglo XXI, cada vez le gustaba menos estar allí. Se sentía atrapado y, mucho peor, invisible, inexistente, un mero cuadro antiguo en la pared de un castillo que ya no le pertenecía.

* * *

La luna llena espejeaba sobre el mar creando un camino de plata hasta el horizonte. La noche era tan clara que las palmeras y los cocoteros de la orilla cruzaban de sombras la are-

na blanca de la playa, que reflejaba suavemente la luz. A lo lejos se oía el rasgueo de una guitarra y algunas risas juveniles. Varios grupos de siluetas sentadas en círculo se recortaban sobre el mar. Todo era tan perfecto que parecía falso, como uno de esos anuncios de vacaciones en el trópico.

Nora estiró los brazos por encima de su cabeza y suspiró. Era tremendamente feliz en ese momento. Lo único que le faltaba era la presencia de Max. Con él a su lado todo habría sido ideal, pero no había sido posible. Le había dado mil vueltas junto con su *oma* Anna, pero a ninguna de las dos se le había ocurrido todavía una solución viable para conseguir que Max tuviera existencia oficial. Habían pensado que una posibilidad sería ir directamente a la policía y decir que no recordaba absolutamente nada, que tenía una amnesia total y no sabía quién era, pero, aparte de que a él le repugnaba la idea de mentir, y más a los agentes del orden, ambas sabían que empezarían a investigar hasta percatarse de que la existencia de Max no constaba en ningún sitio, de que nadie lo conocía y nadie lo reconocería, aunque pasaran su retrato por televisión o lo subieran a todas las redes sociales. Antes o después, lo interrogarían a fondo y él acabaría por decirles quién era. Y eso era imposible. Lo encerrarían por loco. O la prensa se enteraría y acabarían convirtiéndolo en un animal de circo, con lo que su vida se habría acabado para siempre; al menos una vida digna y en libertad como la que ambos deseaban.

Habían repasado películas en las que alguien se apropiaba de la identidad de otra persona de una edad aproximada que hubiera muerto en su infancia, pero en la vida real ninguna de las dos sabía cómo hacerlo. Nadie conoce a un falsificador ni sabe cómo encontrarlo, y son cosas que solo parecen fáciles en el cine y en las novelas. Así que había tenido que separarse de Max, por primera vez en casi cuarenta años, para poder ir a ver a su madre y preguntarle a ella si se le ocurría

algo. Al fin y al cabo, siempre había trabajado en ambientes diplomáticos y podría darse el caso de que ella sí conociera a alguien que pudiera ayudarlos. El problema adicional era que primero tendría que creérselo y eso, tratándose de su madre, era bastante poco probable porque carecía casi por completo de fantasía.

La *oma*, por el contrario, lo había aceptado con mucha facilidad. Al principio estaba convencida de que, por alguna extraña razón, le estaban tomando el pelo. Su nieta había estado un par de meses desaparecida y ahora, de pronto, regresaba con aquella extraña historia en lugar de limitarse a decirle que se había enamorado de Max y lo había dejado todo de un momento a otro para marcharse con él a disfrutar de su amor sin más consideraciones. Habría sido lo más sencillo, pero tanto ella como Max querían que Anna supiera la verdad. Solo así podrían contar con ella para que los ayudara, y estaba claro que iban a necesitar toda la ayuda del mundo.

Curiosamente, lo que más había contribuido a que la abuela creyese aquella historia tan loca había sido el mismo Max. Su manera de hablar, de moverse, de ponerse en pie de inmediato cada vez que Anna entraba en la habitación o se levantaba de la mesa para traer un salero; su forma de besarle la mano; su asombro infinito por las cosas más normales del mundo: el móvil, la luz eléctrica, el agua del grifo, el aire acondicionado, el autobús...; su cortesía; su conocimiento de la historia y el mundo del siglo XVIII, su elegancia al formular... Había veces en que la *oma* se quedaba mirándolo como si hubiese aparecido el faraón Tutankamón en su sala de estar. Y es que sí que se trataba de algo así, por extraño que pareciera. Ahora se había comprometido a cuidar de Max mientras ella estuviese en Tailandia, a explicarle las formas básicas de comportamiento, a acompañarlo adonde quisiera ir y, lo más importante, a usar el móvil, que era lo único que los mantenía en contacto. Ella misma también había tenido que

aprender de nuevo, ya que después de más de treinta años sin hacerlo, por muy intuitivo que fuera el sistema (al menos eso decían los informáticos), todo acaba por olvidarse.

Justo cuando estaba pensando en el móvil, vibró junto a ella.

—¿Nora? ¿Te has instalado ya?

Su madre. Tan directa al grano como siempre.

—Sí, mamá. Todo perfecto. ¿Cuándo llegas?

—Mañana a la hora de comer estoy allí. ¿Estás bien?

—Sí.

—Pues hasta mañana.

Nora dejó de nuevo el teléfono encima de la toalla y perdió la vista en el cabrilleo de la luna sobre el mar. Estaba claro que después de tantos años en el «otro mundo», como solía llamarlo, había inventado a su madre. Ahora se daba cuenta. Todas sus expectativas se acababan de revelar falsas. Se había pasado el tiempo fantaseando con que, si regresaba, su madre se habría convertido en una mujer cariñosa y dulce que estaría feliz de volver a verla, de abrazarla, de oírle contar sus experiencias. Ahora comprendía que era absolutamente absurdo. Para su madre, apenas habían pasado un par de meses en los que Nora no había dado señales de vida. Lo más probable sería que al día siguiente la pusiera verde por su «escapada» sin haber avisado a nadie, y que se negara a creer lo que ella tenía que contarle. Había que admitir, eso sí, que la cosa no era fácil de creer, y ni siquiera tenía a Max cerca para que, con su simple presencia, pudiera convencerla de la verdad, como había pasado con la abuela.

Su madre, una mujer inteligente, ambiciosa, guapa, que había llegado muy alto en su carrera, nunca había sido el tipo de madre que te prepara la merienda, que se acuerda siquiera de que puedes querer merendar si tú no le dices que tienes hambre, ni juega contigo al parchís, ni se preocupa por tus pequeñas penas infantiles. Siempre había sido una buena

madre en el sentido práctico. Una madre que se había ocupado de que fuera a un buen colegio donde se sintiera bien, de que fuera al médico regularmente para vacunas y controles, y de que estuviera limpia y bien cuidada, pero que nunca había sido particularmente cariñosa. Eso lo había delegado en la *oma* Anna. Por eso ella, en muchas ocasiones, sentía a su abuela como su auténtica madre y, con los años, se había acostumbrado a que ni ella ni su padre estuvieran presentes en su vida, aunque venían de vez en cuando y solían pasar las vacaciones de verano juntos, quince días en algún lugar singularmente atractivo. Suponía que así sus padres mitigaban un poco la mala conciencia de dejarla durante el curso en Viena con la *oma* Anna. Sin embargo, su infancia y su adolescencia habían sido felices. Sobre todo la infancia, claro. La adolescencia, ahora que tenía más de cincuenta años lo sabía, siempre es una época en la que te sientes mal, llena de dudas, inadecuada, fuera de lugar. Por fortuna, antes o después se acaba. Los más inteligentes lo recuerdan y tratan de ayudar a los jóvenes que aún están pasando por ello, mientras que otros adultos, menos inteligentes y empáticos, olvidan esa época y no se muestran dispuestos a apoyar a los adolescentes que sufren en ese momento lo que ellos mismos sufrieron entonces.

Le habría gustado llamar a Max, pero el problema de estar en Tailandia, entre otros, era que los horarios eran muy poco compatibles. De todas maneras, cogió el móvil y lo intentó. Necesitaba oír su voz.

Los pitidos sonaron una y otra vez, una y otra vez, pero Max no contestó. ¿Sabría qué tenía que hacer para aceptar la llamada? Volvió a probar. Sin éxito.

Se levantó, recogió la toalla, se ajustó el pareo y caminó hacia uno de los grupos de jóvenes que cantaban y charlaban en la playa. Necesitaba un poco de compañía y ahora había vuelto a ser joven. La aceptarían y, durante un rato, no se sentiría tan sola.

Max vio a Jonas perderse entre las mesas en dirección al aseo y sonrió imperceptiblemente, aunque un instante después, aprovechando que estaba solo, acabó sonriendo con sinceridad. Le estaba sentando bien tener a otro hombre con quien hablar, aunque fuera de otro siglo y treinta años más joven. Se había dejado convencer para ir a comer algo juntos antes de que saliera su tren de vuelta a Viena y se alegraba de haberlo hecho porque, hasta cierto punto, le recordaba a sus años de estudiante, cuando, después de la lección magistral de anatomía, se iba con Frankenstein o con alguno de los hermanos de la logia a cualquiera de las muchas cervecerías de Ingolstadt y se pasaban horas discutiendo sobre lo que habían oído en clase, las noticias que llegaban de Francia o los últimos rumores de las distintas cortes de Europa. Ahora le resultaba curioso haberse sentido entonces, a sus veinte años, tan adulto, tan dueño de su vida, tan seguro de los cauces por los que discurriría su existencia en cuanto terminara sus estudios y volviera a Hohenfels. Luego había cruzado el pasaje inadvertidamente, había conocido a Nora, y todo su mundo se había puesto del revés. Pero no lo lamentaba. Nora era lo mejor que le había sucedido en todos los días de su vida. ¿Dónde estaría? ¿Qué estaría haciendo? ¿Se habría encontrado ya con su madre? ¿Pensaría en él?

Sacó el extraño adminículo que servía para comunicarse y se quedó mirándolo con prevención, como le pasaba siempre. En el círculo verde había un número 2, lo que podía significar que ella había tratado de localizarlo y él no se había dado cuenta. Empezó a toquetearlo, nervioso, sin saber bien qué tenía que hacer. Le asustaba la idea de tocar algo y que de repente se borrara lo único que le permitía contactar con ella.

En ese momento llegó Jonas y, algo debió de ver en su expresión, porque le dijo con amabilidad:

—¿Algún problema?

Max estuvo a punto de decir que no. Se dio cuenta de lo absurdo de su orgullo y decidió decir la verdad. Hasta cierto punto, por supuesto.

—Este aparato es nuevo y no lo domino aún.

—A ver, déjame ver. Tienes dos llamadas perdidas. Alguien ha tratado de hablar contigo y no lo has oído. Espera, espera. Ah, es que lo tenías silenciado.

—Para no molestar en el tren.

—Luego se te ha debido de olvidar volver a darle voz. Ya está.

—¿Hay algún mensaje? —preguntó, con un nerviosismo que apenas pudo ocultar.

—No. Solo indica que es una llamada de Nora. Tu mujer..., ¿no?

—Sí. ¿Podemos llamarla?

—Claro. ¿Llamo?

—Un momento, te lo ruego. ¿Qué hora será en Tailandia?

—¿Tailandia? Ni idea, pero lo miro. —Jonas sacó su propio móvil y tecleó algo—. Cinco horas de diferencia. O sea, que si aquí son las ocho de la tarde, allí es la una de la madrugada.

—Demasiado tarde para llamar. Estará ya durmiendo.

—¿A la una, estando de vacaciones?

—No está de vacaciones. —De repente recordó en un relámpago la primera vez que Nora había usado esa palabra, al poco de conocerse, y se la había tenido que explicar. «Tiempo de ocio», le había dicho—. Se trata de unas obligaciones familiares insoslayables.

Jonas sonrió para sí mismo. Le caía bien aquel tipo tan raro, tan guapo y que hablaba como si se hubiera escapado de una película histórica. ¡Lástima que estuviera casado y que no le gustaran los hombres!

—Oye, una curiosidad. No tienes que contestar si no quieres, pero me ha llamado la atención. ¿De verdad no tienes más que dos contactos? ¿Anna y Nora?

—Ya te he dicho que el aparato es nuevo. Pero sí. Solo dos. No necesito relacionarme con nadie más. Al menos por el momento. —La expresión de Max se había tornado completamente seria, como si de pronto tuviera cincuenta años.

—¿Quieres que te pase el mío?

Max estuvo a punto de decirle que no creía que fuera a resultarle necesario ponerse en contacto con alguien que acababa de conocer y a quien no le unía nada en absoluto, salvo unas horas de conversación intrascendente, pero algo le decía que contestarle eso resultaría insultante para un joven que se había portado bien con él, a pesar de no conocerlo de nada.

—Con mucho gusto —concedió, mientras lo veía teclear con absoluta seguridad. «Jonas Woods», leyó, y un número tan fácil de recordar que no habría sido necesario escribirlo: 069911335544.

—¿Me permites otra pregunta? —Jonas sonrió para sí mismo. Se le estaba pegando la forma de hablar de Max. No esperó su respuesta y siguió hablando—. No tienes redes sociales, no sabes usar un móvil, hablas raro, te pareces un montón al conde de Hohenfels y en el castillo lo mirabas todo como si lo conocieras. ¿Me lo quieres contar?

Max tuvo la suerte de que en ese mismo instante llegó la camarera con dos *wienerschnitzel* que desbordaban el plato, con su guarnición de ensalada, patatas y mermelada de arándanos rojos, y eso le dio ocasión de pensar unos segundos en lo que habían decidido Anna, Nora y él para casos de urgencia.

—Jonas —empezó muy serio—, voy a decirte algo, pero tienes que jurarme por tu honor que vas a guardar el secreto hasta que yo te libere de esa obligación. Si prefieres no cargarte con esa responsabilidad, seguiremos disfrutando de las viandas y hablaremos de otros temas.

—Te doy mi palabra —contestó Jonas, igual de serio.

Se estrecharon la mano y, olvidándose por un momento de la carne que tenían en el plato, se miraron a los ojos.

—He estado en coma bastante tiempo —empezó Max. No le gustaba la idea de mentir, pero habían llegado a la conclusión de que era la versión más aceptable para explicar ciertas cosas—. Tuve un accidente de tráfico. Me recogieron, me operaron y estuve un par de meses sin contacto con el mundo. Al parecer, no llevaba documentación y en los primeros días no se presentó nadie que me conociera o me echara de menos. Nora estaba en Estados Unidos visitando a su padre y no supo nada durante un par de semanas. Cuando desperté, ella y su abuela estaban conmigo. He perdido por completo la memoria. Por ellas sé que me llamo Maximilian, y muy poco más. He recordado algunas cosas, pero muchas parecen haberse perdido para siempre. Es la primera vez que salgo solo de Viena. Anna, la abuela de Nora, ha pensado que, si yo tenía tanto interés en venir a Salzburgo, sería posible que aquí hubiera algo que me permitiera recordar algún fragmento de mi pasado. Eso es todo.

—¿Y ellas no te han contado quién eras, quién era tu familia, de dónde eres?

—Según el médico, es mejor dejar que las cosas vayan regresando por sí mismas. Cuando me cuentan algo es como si fuera una novela. No me dice nada, no me afecta emocionalmente. Sin embargo, hoy, al sentarme en el sillón de la biblioteca, he sentido por primera vez que estaba en casa. —Lo dijo sin calcular la reacción de Jonas. Simplemente porque era verdad.

—¿En serio? Igual eres de la familia, de alguna rama lateral, o descendiente ilegítimo de una hija de los condes. Sé que hubo una chica que se quedó embarazada de su novio, no la dejaron casarse con él porque era un simple oficial de dragones y no estaba a la altura de la familia, y se suicidó en el río, después de tener al bebé. Quizá tú vengas de esa rama, quizá seas un sobrino perdido o algo similar.

Max estuvo a punto de ofenderse seriamente ante la simple idea de ser un bastardo en su propia familia, pero lo pensó mejor y decidió no reaccionar. Lo de su antepasada ultrajada y suicida lo dejaría para otro momento, cuando estuviera solo y pudiera pensar.

—¡Sería fantástico! —continuó Jonas, entusiasmado—. A lo mejor por eso te pareces tanto al otro Maximilian, a tu antepasado. ¿Quieres que volvamos a Hohenfels? Tengo llaves y el código de la alarma. Podrías pasearte un poco por allí y ver si te trae más recuerdos. ¡Venga! Acábate el filete y subimos.

Max pagó la cuenta con la tarjeta que le había dado Anna y salieron del restaurante a buscar el coche de Jonas cuando el sol ya había desaparecido casi por completo, aunque, aquí y allá, aún se colaban sus últimos rayos dorados por entre las casas antiguas, dándoles una pátina de color de miel.

La Getreidegasse estaba llena de turistas buscando un lugar donde cenar y haciendo fotos a todo lo que se les ponía a tiro. Allí ya reinaba la hora azul y todos los escaparates estaban iluminados.

—¡Cuánta luz hay ahora en las noches! —comentó Max.

—¿Donde tú vivías antes no era así?

Se dio cuenta de que no tendría que haber hecho ese comentario y trató de cubrirlo como mejor pudo.

—No sé. No lo recuerdo. Sé que me impresiona siempre.

—A lo mejor vivías en África.

Max se giró un instante para ver la calle que tan bien recordaba de su infancia y su juventud, la calle donde había estado tantas veces, donde compró su primer sombrero de tres picos y donde le hacían las pelucas, siempre más discretas que las que el peluquero quería venderle; la calle donde, si no recordaba mal, había vivido Mozart, el músico que habrían querido tener en su casamiento y que al final no pudo, por hallarse de *tournee* por Europa, por lo que al final hubieron de ponerse de acuerdo en contratar el maestro Salieri, el mis-

mísimo compositor de la corte. Fue un espléndido regalo de sus tíos que impresionó a toda la concurrencia.

Frente a un escaparate de armas de caza, dos hombres que le resultaban familiares le llamaron la atención, pero no consiguió saber de qué le sonaban. Jonas seguía hablando, entusiasmado.

—Esto es lo más increíble que me ha pasado en la vida, Max, te lo juro. ¡Mira que si pudiéramos probar que eres descendiente de los condes! Bueno..., no sé si serviría para algo, porque la última condesa ya se desprendió del castillo y, además, en Austria se abolieron los títulos nobiliarios...

Max dio un respingo.

—¿Cómo dices?

—Que ahora el conde ya no lo sería y ni siquiera se llamaría Von Kürsinger, sino simplemente Kürsinger, como cualquier hijo de vecino. Incluso el nieto del emperador, Otto, el que habría tenido que ser emperador, es Otto Habsburg, sin «von» y sin nada.

—¿No hay emperador? ¿Ni siquiera rey? —Max parecía escandalizado.

—No. Austria es una república y tenemos un presidente de la República, que se elige democráticamente cada cinco años, y un presidente del Gobierno, que se elige cada cuatro. Y, en general, tenemos un Gobierno de coalición entre dos partidos porque la población casi nunca se decide por mayoría por uno de ellos, y lo más sensato es pactar.

—¿Tú cómo sabes tanto de todo eso?

—Hombre, todo ciudadano sabe eso. Es lo básico. Además, ya te he dicho que estudio Historia. Cuando acabe, quiero ser profesor de instituto o quizá intente entrar en la universidad, aún no sé bien.

—No hay emperador... —musitó Max, anonadado.

Él, en su época, había argumentado a favor de la democracia, de la posibilidad de que todos los hombres formados

eligieran a sus gobernantes, pero lo que había sucedido en Francia en 1789 le había quitado bastante el entusiasmo. Si el cambio consistía en que la plebe más abyecta, infame, vociferante y asesina tuviera el poder para decidir arbitrariamente sobre el destino de todos, no era una vía de futuro que le pareciese deseable. Sin embargo, por lo que había visto hasta el momento, daba la sensación de que la vida pública funcionaba bien. Tendría que investigarlo en cuanto estuviera de nuevo en la calma del piso de Anna en Viena.

—Disculpa, Jonas. —El pensar en Viena le había hecho recordar el horario de su tren—. Le prometí a Anna que regresaría no más tarde de las doce, y ni siquiera sé si hay otro tren, además del que pensaba tomar.

—Lo miro enseguida.

Ya sentados en el coche, volvió a sacar el móvil y al cabo de un momento tenía la información.

—Hay un tren que pasa por Salzburgo a las dos menos cuarto de la madrugada y llega a Viena poco antes de las ocho, pero es una paliza. Te propongo que te vengas a casa a pasar la noche. Tengo un sofá cama que es mejor que la cama de mi habitación. A las nueve y diez de la mañana sale un tren que te deja en Viena a la una y media. Puedes llamar a Anna y decírselo para que no se preocupe.

Max frunció el ceño. La idea de pasar la noche en un lugar desconocido con un joven que acababa de conocer no le seducía particularmente, pero la posibilidad de entrar de nuevo en Hohenfels sin turistas y poder disfrutar un rato de su casa e incluso buscar algunas de las cosas que no se había llevado entonces y que echaba de menos era algo que tiraba de él como un caballo.

—Podemos subir ahora a Hohenfels y, si veo que necesitamos más tiempo, entonces aviso a Anna, acepto tu generosa oferta y me marcho mañana con el primer tren. ¿Estamos de acuerdo?

—Vale. Lo hacemos así.

Jonas encendió la radio y se pusieron en marcha. Al pasar las diferentes emisoras para elegir programa, Max alzó la mano de golpe.

—Deja eso, por favor, Jonas, déjame escucharlo. Es Mozart.

Ninguno de los dos notó que, detrás de ellos, otro coche se acababa de poner también en marcha y, a cierta distancia, los seguía.

* * *

Anna estaba nerviosa. Eran ya más de las ocho y Max no había llamado. «Deja de comportarte como si fuera un crío de diez años», se riñó a sí misma. «Dijo que volvería en el tren de las doce y, hasta entonces, faltan casi cuatro horas. Además, ni siquiera está claro que sepa cómo llamar».

Pensó también que, en la época en la que él había vivido siempre, eso de estar constantemente comunicados era imposible y a nadie se le ocurriría. Si pasaba algo grave, uno mandaba una carta, que tardaba entre días y semanas en llegar. Cada uno solucionaba sus propios problemas cuando se le presentaban, sin pedir ayuda ni informar a las personas que estaban lejos y que, por obvias razones, no podían hacer nada. De manera que, si no llamaba, tanto mejor. Eso quería decir que estaba bien y que empezaba a adaptarse a la vida del siglo XXI.

Comió algo delante del televisor, viendo una serie de la que le habían hablado bien, pero que no conseguía interesarle porque su mente se disparaba en todas direcciones. Nora en Tailandia, esperando a encontrarse con su madre. Andreas, su hijo y padre de Nora, en unas excavaciones en Perú, prácticamente incomunicado. Le había contestado al *e-mail* en el que le contaba que Nora había aparecido y que tenía novio, y desde entonces no había sabido de él, salvo un

breve mensaje para decirle que por fin habían conseguido la financiación necesaria y se marchaba al campamento. Un solo hijo al que no veía más que de Pascuas a Ramos, una nuera que nunca tenía tiempo para nadie, y una nieta maravillosa que había estado a punto de matarla con su desaparición, que, ahora lo sabía, no había sido intencionada. Por fortuna había vuelto, y había traído consigo a Max, un chico estupendo (más bien un hombre adulto, se corrigió), pero que les iba a dar muchísimos problemas.

Le había preguntado a una amiga suya que era escritora especializada en novela negra si ella conocía a alguien que pudiera fabricar documentos falsos. Había prometido preguntar a sus conocidos con la excusa de que lo necesitaba para su próximo proyecto, pero aún no había nada. Y estaba también el problema del trabajo. Max quería trabajar, pero era imposible. Como médico, no había nada que hacer. A pesar de sus treinta años de experiencia tratando pacientes, sus conocimientos eran del siglo XVIII y de los primeros años del XIX. Se había quedado de pasta cuando ella le había enseñado una vulgar jeringuilla desechable.

Podría intentar estudiar Medicina, pero, para eso, primero debería tener papeles oficiales y luego pasar el examen de entrada, que era de los más exigentes de Europa, y él no tenía ni siquiera los conocimientos básicos de cualquier estudiante que acabara de terminar el bachillerato. Era prácticamente imposible.

Por fortuna, el oro y las joyas que habían traído, bien administrados, les podrían permitir vivir unos años con cierta holgura hasta que Nora terminase la carrera y pudiese empezar a trabajar como médica; pero a él habría que buscarle un trabajo, algo que hacer para que no acabara cayendo en una depresión. Además, tendrían que casarse en el siglo XXI para que, al ser pareja oficial, él pudiera disfrutar de las ventajas de ser cónyuge de Nora; pero la situación volvía siempre a lo

mismo: sin documentos no podía haber boda, ni seguridad social, ni trabajo, ni nada. Era para volverse loca.

Apagó el televisor porque no se estaba enterando de nada. Pensó llamar a Max y decidió no hacerlo. A nadie le gusta que lo vigilen, y el muchacho era adulto. Ampliamente adulto. A pesar de su cuerpo esbelto y su piel perfecta, tenía más de cincuenta años.

* * *

Cuando aparcaron frente al castillo, en la explanada que se había construido como aparcamiento para los visitantes, ya había caído la noche, pero la luna lo bañaba todo con su claridad espectral. Max recordó con una intensidad escalofriante la noche de su boda, cuando, después del banquete, él, Nora, Sanne y, poco después, el Lobo se dieron cita en la cabaña del bosque para intentar devolverle, la vida al engendro de Frankenstein, que, mientras tanto, era su buen Michl y acababa de morir, asesinado por el primo Johannes, de infame recuerdo.

De eso hacía muchos años, pero en ese momento, en la oscuridad plateada y con Mozart aún sonando en la radio del coche, todo parecía mucho más cercano, como si hubiese vuelto al pasado, a su tiempo, a su hogar.

Miró hacia abajo, a sus pantalones de verano, a sus deportivas (tan cómodas, tan ligeras, tan del siglo XXI), y supo que no era cierto, que los dos siglos seguían ahí, pesándole sobre los hombros como una losa en su tumba.

—¡Venga! ¡Vamos a ver si sirve de algo que vuelvas a verlo con calma! —Jonas bajó del coche y, cruzándose los labios con el dedo, le indicó que guardara silencio, a pesar de que no había nadie por allí.

—¿No hay guardia? —susurró Max, acercándose al oído de su acompañante.

—No. Saldría demasiado caro. Pero hay un buen sistema de alarma.

Estuvo a punto de pedir una explicación y decidió no hacerlo. ¿Para qué? Ya lo preguntaría cuando salieran y fueran de nuevo en el coche hacia la estación de Salzburgo.

—¿No deberíamos avisar a Anna ya, antes de que se retire para la noche? —preguntó Max.

—Vale, pero es mejor que le pongamos un mensaje de texto. Así ella lo lee cuando mejor le vaya y nosotros no hacemos tanto ruido. ¿Qué quieres decirle?

—Estoy en Hohenfels. He conocido al señor...

—¿Quién? ¿Yo? —Estuvo a punto de soltar una carcajada. Max asintió, perfectamente serio.

—Woods. Mi padre es americano.

—He conocido al señor Woods, que, amablemente, se ha ofrecido a ayudarme y a alojarme en sus habitaciones por esta noche. Regreso mañana sobre la una del mediodía. A mi vuelta la informaré de lo que, eventualmente, haya podido averiguar. Le envío un cariñoso saludo.

—¿Le hablas de usted?

—Por supuesto. Es la señora abuela de mi esposa, una señora anciana. Le debo respeto y consideración.

—Como quieras... Tú mismo. Ya está. Mira, si salen estas dos señales, es que el mensaje ha sido enviado. Si se ponen azules, es que ya lo ha leído.

—Te lo agradezco mucho, Jonas.

—¿A mí no me hablas de usted? —cloqueó él.

Max se envaró.

—Habíamos decidido tutearnos.

—Que sí, hombre, que era una broma...

Los dos sonrieron.

Caminaron en silencio hacia arriba. La silueta de Hohenfels, conocida y amada, se agrandaba por momentos frente a ellos y cada vez tenían que echar más hacia atrás la cabe-

za para poder abarcarla. Nunca, en toda su vida, había podido evitar llenarse de orgullo al verlo, saber que era su casa, la cuna de sus antepasados, el origen de su linaje.

—Vamos por detrás, por la cocina. Al lado está la entrada de personal —susurró Jonas.

Llegaron frente a la puerta de servicio, Jonas sacó la llave y, antes de que pudiera meterla en la cerradura, un brazo se enroscó en su cuello y unos labios cosquillearon su oído.

—Quietos, chaval. Si te portas bien, no te pasará nada —dijo una voz en inglés.

Jonas echó una mirada a Max, que estaba forcejeando con otro hombre.

—Os advierto que aquí no hay nada de valor. Trastos viejos —explicó Jonas, luchando contra la presión en su tráquea.

Los hombres no contestaron. El que tenía a Max sacó un revólver con la mano libre. Tenían brazos como sogas de barco.

—Ahora, quietos los dos. Haced lo que os digamos y no os pasará nada. De rodillas.

—¿Qué dicen? —preguntó Max con voz desgarrada. No entendía la lengua; ni siquiera sabía en qué idioma hablaban.

—Que nos estemos quietos. Que no quieren hacernos daño. Quieren que nos pongamos de rodillas.

—Jamás —dijo Max, muy digno, mientras Jonas se arrodillaba frente a los dos hombres, que no eran más que sombras en la oscuridad de detrás del castillo.

—No seas idiota, Max. ¡Al suelo! No querrás que te maten unos ladrones, ¿no?

—No pienso arrodillarme delante de un salteador de caminos.

—¿Qué dice? —preguntó uno de los asaltantes.

—Que no se va a arrodillar —tradujo Jonas.

Los dos tipos se echaron a reír.

—Es gilipollas, pero los tiene bien puestos —comentó uno de ellos.

En ese momento, aprovechando la risa, Max echó a correr cuesta abajo. Conocía perfectamente el camino y, aunque las cosas habían cambiado bastante, el bosque seguía allí, a su alcance. Y una vez en el bosque, sería muy difícil que lo encontraran. El único problema era que tenían a Jonas y que parecían hombres dispuestos a todo. ¿Quiénes serían esos ladrones? ¿Qué podían querer de ellos? ¿Entrar en Hohenfels? ¿A qué?

Max corría a toda la velocidad que le permitían sus piernas, pero hacía mucho que no había corrido y ya empezaba a cansarse, mientras que su perseguidor parecía estar muy en forma. Le extrañó que no intentara dispararle mientras acortaba la distancia entre ellos.

—Stop, you idiot! Stop! You fucking stop now!

Estaba claro que quería que se detuviera, pero no se lo pensaba poner tan fácil. Siguió corriendo ya casi sin aliento, sintiendo unos horribles pinchazos en el costado, viendo como los árboles estaban cada vez más cerca y, con ellos, la bendita oscuridad que lo protegería. El asaltante seguía corriendo detrás. Podía oír su respiración agitada apenas a un par de metros.

Sin saber bien qué había pasado, de pronto se encontró en el suelo, clavándose las agujas de pino en los brazos y en la cara. Trató de levantarse, pero un pie, con todo el peso del cuerpo detrás, lo mantenía pegado a tierra. Poco a poco, la presión le permitió darse la vuelta hasta que estuvo con la espalda apretada contra las agujas de pino. Ahora el pie se apoyaba en su estómago.

Desde donde estaba solo podía ver la silueta de una cabeza y unos hombros anchos recortados contra el cielo estrellado, empalidecido por la luz de la luna. A su alrededor, las luciérnagas voladoras ponían chispas azuladas en la negrura del bosque, como diminutas hadas que observaran sin mucho interés el episodio de violencia que estaba teniendo lugar en su territorio.

La mano del hombre sujetaba una pistola mucho más pequeña y compacta que las que Max conocía, pero igual de

mortífera, podía suponer. Con ella, el hombre le hizo gestos de que se levantara y echase a andar delante de él, de vuelta al castillo. Max se dejó llevar. Tenía que asegurarse de que Jonas estuviera bien.

Un par de minutos después estaban en el aparcamiento, junto al coche que los había llevado allí. Jonas suspiró de alivio al verlo vivo.

—Dile a tu amigo que te dejamos irte, pero que él se viene con nosotros.

Jonas tradujo.

—¿Adónde me llevan? ¿Quiénes son?

—Lo sabrás a su debido tiempo —fue la respuesta—. Si te resistes, tu amigo morirá.

Jonas volvió a traducir con una boca que, de pronto, se le había quedado seca.

—No me resistiré.

Uno de los hombres cacheó a Max.

—Está limpio. No lleva más que la cartera y unas llaves.

Entonces, Jonas advirtió que no le había devuelto el móvil a Max. Esperaba que no se lo quitaran. Era la única forma que tenía de comunicarse con Anna y Nora y contarles lo sucedido.

—Súbete al coche y lárgate. Tú no sabes nada y no has visto nada, ¿OK?

Jonas asintió con la cabeza. Miró a Max, tratando de poner en esa mirada lo que quería decirle: que él informaría a su mujer y a Anna, y que harían todo lo posible por liberarlo. Luego se acomodó en el asiento y arrancó.

—¡Largo!

Cuando miró por el retrovisor, uno de los hombres había acercado un coche que, al parecer, tenían escondido entre las sombras, y estaban obligando a Max a entrar en él. Después tomó la curva que bajaba a la ciudad y dejó de verlos.